LOS HORNEROS

Camila Sotelo

CORIFEO:—Siempre las riñas, los combates y la sangre. Y la loca esa que debiera estar ahorcada. Recordar muertes es como batir agua en el mortero: no aprovecha. Mozo, ¡otro café!

Antígona Furiosa, GRISELDA GAMBARO

Camino despacio sabiendo que nadie me va a perseguir. Dejo que el aire, menos puro que antes, me atraviese. Ya no tengo ese pañuelo que no me dejaba respirar tranquila ni ver con claridad. Sé que no soy precisamente libre, pero al menos, perdí el miedo. Puedo usar el pelo como quiero y andar por la calle sin pensarlo dos veces.

A pesar de los cambios, hago este recorrido que me sé de memoria. Voy hacia el comedor por el boulevard que se convirtió en un barrio nuevo dentro del barrio viejo, lleno de toldos hechos con nylons y chapas. Un barrio horizontal montado sobre una avenida. Hay gente sentada en cajones de fruta tomando mates y chicos jugando al fútbol con botellas de plástico.

Los cables pelados cuelgan de los pocos postes de luz que todavía no se cayeron. A los costados, dos zanjones funcionan como cloacas para la basura que no puede reciclarse, y más allá de esos dos límites infestados de ratas y de enfermedades, los ranchos antiguos reventados entre escombros convertidos en basural.

En la esquina, veo la huerta que hicimos con los vecinos. Parece vacía, pero alcanza para que las familias tengan, al menos, un plato de comida al día.

Un pajarito pasa cerca de mí. Tengo que recordarme que ya no existen los drones de vigilancia. Los quemaron a todos después de aquel día.

Sigo caminando y veo que pintaron las paredes con horneros color rojo. Llego.

Algunos pibes y pibas comen en unos tablones hechos por la gente del boulevard, otros juegan a las escondidas en el pasillo. Distingo caras conocidas, vecinitos a los que les enseñé a leer y a escribir. Ahora son como extraños, pero recuerdo cuando los militares pasaban cerca y les pedía que se escondieran debajo de las mesas, que se quedaran callados, mientras papá gritaba que no dispararan. Nomás eran chicos comiendo.

Hay un olor picante y agridulce, que no sé si es el recuerdo que se me impone o el aroma que me llega en efecto, pero los platitos de lata confirman que mamá, sí, mamá preparó guiso. Me apuro para ir a la cocina.

Papá reparte pan. Veo el parche en su ojo izquierdo. Aún me siento culpable. Si no nos hubiéramos separado, si lo hubiera sostenido un poco más.

Él me mira con una sonrisa, suelta la canasta y corre para abrazarme. Por más que ya esté viejo, me levanta del suelo y me da un par de vueltas. Olvido, por un instante, y vuelvo a ser una nena.

—Te extrañaba chiquita.

Mamá aparece por la puerta de la cocina. Se acerca rápido entre lágrimas. Todo se vuelve a sentir como si hubiera sucedido ayer.

Pero ahí está todavía la muerte latente. No sé cuándo dejará de batir sus alas de bestia mitológica. Acá no entras, seguí, seguí de largo, pajarraca emponzoñada, digo para adentro.

–Mi hijita.

Me sostiene fuerte entre sus brazos. La charla es casual. A mamá no le gusta hablar de lo que pasó, y la entiendo. Después va a buscar un plato de guiso para mí y aprovecho para hablar con papá.

—¿Cómo va todo?

Él me acaricia la cabeza.

—Bien, hornerita, nos vamos organizando. ¿Traés noticias?

Asiento, mirándolo a los ojos.

—Está todo muy movilizado, por eso calculan que en tres meses.

Él también me mira. Hay algo diferente en cómo lo hace.

—¿Y qué opinas? ¿Cómo va a salir?

Sus ojos me piden que le diga la verdad.

—Todo va a estar bien, pa.

Intento transmitirle tranquilidad. Mamá vuelve con el plato de comida en sus manos. Papá me da un beso en la frente.

Me esfuerzo para que no me ablande el pasado. Nadie quiere saber de ese pasado. Hablamos de cualquier cosa para evitarlo. Me permito llorar recién cuando me dejan sola para ir a ver las baldosas.

Están limpias rodeadas con coronas de flores hechas con telas recicladas de lo que quedó de algunos pañuelos blancos. Me arrodillo al ver el nombre de mi hermano. Acaricio la baldosa y le dedico una sonrisa, después le soplo un beso, como si eso cambiara algo. Al lado está la de mi tía Lili, y repito el saludo.

Todavía me parece una locura que quienes se llevaron a mi tía, cuarenta y seis años después, se lo hayan llevado a mi hermano.

—Espero que estén orgullosos de mí—, les digo a las piedras que brillan bajo el sol de un cosmos que no tiene sentimientos.

Me levanto del piso y leo las demás, algunas ya las conocía, otras fueron hechas en estos años. Todos son horneros que me dan la bienvenida.

Empieza a llegar más gente. Como antes de que hubiera un antes, preparo chocolatada; mamá corta porciones de bizcochuelo. Algunos vecinos me saludan y nos ayudan a servir la comida.

El patio está lleno. Mi papá saca la guitarra que tuvo que esconder todos estos años.

Mirando hacia acá y allá, en un tono bajito, las voces se van acoplando, cantando una canción prohibida que, hasta hace unas semanas, nadie recordaba.

Es un presagio de que la noticia que tengo para darles no es una ilusión que creó mi mente para afrontar el presente. Al fin está pasando.

Las caras se ven iluminadas, se abrazan. Respondo preguntas y escucho propuestas.

—Esto fue con lo que mi tía y mi hermano soñaron. Una bandada de pájaros unida que vuelan hacia un mismo objetivo, afrontando todo tipo de tormentas que quieran tirar abajo sus nidos, siguiendo las huellas de los horneros que quedaron en el camino.

Levanto mi mano y digo el nombre de mi hermano. La gente corea «presente». No puedo frenar las lágrimas que se me escapan. Papá dice el nombre de mi tía, gritamos otra vez esa palabra, y así con cada familiar de cada vecino. Recordarnos por qué seguimos luchando.

—Mientras haya horneros esto no pasará nunca más.